

Justicia juvenil

Alberto Oriza

Agosto 20, 2020

Tarde soleada, calor apabullante, día aburrido, el verano tenía ya más tiempo que las travesuras infantiles. La palomilla había agotado el entusiasmo de los partidos de futbol, incluso, ya habían pasado la etapa de vandalizar el carro abandonado desde hace años en la calle perdida al fondo de la colonia.

Uno de esos días que solo el fastidio llenaba el pecho de los niños quienes, por no tener más lugar que su improvisado cuartel en medio de un baldío, diligentemente construido con todo tipo de materiales encontrados en los botes de basura y obras en construcción de los alrededores, que les brindaba una fortaleza inexpugnable, donde esconder sus preciados tesoros.

Con el delicado equilibrio que el arte adolescente permite, las desperdigadas llantas servían de cómodos sillones a los diversos muchachos, el sofá al que habían logrado extraerle el nido de ratones empleando humo que casi incendia el propio sillón servía a un par que, en silenciosa pelea, luchaban por extender sus piernas empujando al otro, y los últimos colgando sus piernas del árbol que, mecido con tedio por la apenas perceptible brisa, emitían algunos comentarios sin hilo, buscando encontrar algo que animara a la docena que conformaba la temible palomilla, autoproclamada como *La Banda 67*, por ser el año de nacimiento de la mayoría.

Todos habían vivido en el mismo barrio desde el jardín de niños y habían crecido en los continuos pleitos con las palomillas cercanas. Eran un grupo de casi la misma edad, pero con notorias diferencias físicas, producto del natural desarrollo juvenil, lo mismo el larguísimo y flaco muchacho de ojos hundidos, que el pequeño que tranquilamente pasaría por alumno de cuarto de primaria. No faltaba aquel, cuyos brazos eran tan largos

que desentonaban del largo de su cuerpo, ni el que sus pies sobresalían de su corta estatura, dando la impresión de tener zapatos de payaso de circo. Un grupo normal de jóvenes adultos iniciando su pubertad. Lo que si era común era la indumentaria de pantalones desgastados, tenis parchados y camisetas de todo tipo de imágenes, invariablemente sucias y arrugadas.

Los temas cotidianos ya habían sido descartados, la animadversión entre los canarios y las chivas, ya habían generado las correspondientes peleas entre los partidarios de las *Chivas*, que no lograban justificar la dirección de Carlos Miloc, que les había dado la temporada más triste de su historia; como, por el otro lado los aficionados de los *Canarios del América*, tampoco lograban librar las burlas, pues, aunque con la participación de Enrique Borja, quien le anotó a su equipo de origen con la camiseta amarilla, fue llevado a la selección, lo que hizo que no pasaran de la liguilla, pese a llevar el liderato de su grupo. Ante la ausencia de partidarios del *Cruz Azul*, no podían burlarse de la pérdida del campeonato que tenían asegurado frente a los *Pumas*, por lo que cual, ni eso era tema de conversación.

Por un lado, estaban apabullados por el ocio, que ya los rebasaba, pero también les aterraba la idea de que en menos de tres semanas las escuelas dieran inicio nuevamente a su martirio y tortura, por lo que sentían un conflicto de no sabes si quejarse por no tener que hacer o bien miedo por la inminente llegada de los regaños y castigos que eran su día a día en los tiempos escolares.

Por otro lado, el miedo de enfrentar la secundaria para muchos de ellos, pese a ponerlos en un nivel más alto que los demás, también era una presión que les generaba un nudo en la garganta. Era como si temieran que ese paso los llevara más rápido de lo deseado a convertirse en los aburridos y fastidiosos adultos que un día sabían serían.

En la interminable disertación de adivinar la forma de una nube, o tratar de atrapar con unos palillos las desesperantes moscas, se afanaban en la formación espiritual del ocio propio de la edad.

Interrumpiendo la profunda concentración en ver como una mosca caminaba hasta la comisura de la boca de *Pepe*, quien se había quedado dormido en la espera por la nada, se escuchó como alguien llegaba corriendo. Era el *Chato*, un niño dos años menor que ellos, hermano de uno de los líderes, apareció todo mojado, y con vistas de haber llorado previamente, el fastidio se rompió.

Todos se acercaron a él, para oír como su hermano lo fastidiaba molestaba con la amenaza de la refriega que su Mamá le daría por el estado de su ropa. Pero esto no sucedió, apenas vio a su hermano, corrió a abrazarlo y a soltar un lastimoso llanto, pese al espíritu burlón del grupo, todos se unieron a la preocupación y buscaron como calmar al pequeño.

Tras un buen rato de palabras de seguridad y aliento, incluso la tácita promesa de incluirlo en la palomilla, vieron sus esfuerzos perderse en ningún resultado. Por lo que no quedó más que mantener el cerco protector y las frecuentes palmadas en la espalda. Hasta que finalmente logro comenzar su relato:

—Salí en la bici, con Pedro y Manuel, ya vez que nos gusta ir a explorar por el rumbo del canal. Todo estaba normal, hasta que de repente salió un señor gritando, de la milpa del otro lado, y, nos comenzó a gritar. Nos dio mucho miedo, primero fueron los gritos, pero cuando los trabajadores comenzaron a salir corriendo para alcanzarnos, pasando por el puente, salimos disparados.

—Pedro se quedó atrás, sabes que esta tan gordo que no logra alcanzarnos. Lo agarraron de volada. Manuel y yo casi lográbamos llegar a la calle, cuando un palo me pegó y me tiró sobre Manuel, cayéndonos sobre las plantas.

—No pude correr, apenas llegaron y nos dieron de patadas y nos arrastraron a donde el señor de la milpa nos esperaba.

—La verdad no hicimos nada, de hecho, teníamos días que no íbamos para allá, pero no nos escuchaban por más que les gritaba que me soltaran. Nos arrastraron hasta el lado del ejido, ni siquiera me dejaban parar.

—El viejo de la milpa nos comenzó a sermonear que era un robo el quitarle su maíz, que nos íbamos a ir al infierno y no se cuanta cosa más. Que ya estaba harto de que nos metiéramos a su milpa y que a partir de ahora no dejaría sin encontrar un culpable.

—Yo no sabía ni de que hablaba, los únicos que se roban el maíz que conozca son ustedes, y creo que tiene mucho que no lo hacen.

Esto lo dijo rebuscando en nuestras caras signos de asentimiento, esperando en el fondo de su alma que corroboráramos esa afirmación.

—Desde el año pasado no vamos para allá, desde que la mamá de Claudio se fue no tenemos quien nos haga esquites, así que dejamos de buscarlos – Dijo *Canuto*, con seguridad.

—Pues el caso es que me dieron tres azotes con una hoja de pirul en las manos. – Extendiendo los brazos para mostrar las líneas marcadas – Mira cómo me dejó.

—Al final nos dejó ir, pero se quedó las bicicletas, que no nos las daría hasta que nuestros papas fueran por ellas. Nos aventaron al canal y como pudimos cruzamos. Pedro y Manuel están en el parque tienen miedo de ir a sus casas. Yo vine a ver si te encontraba.

Fue una sensación generalizada muy curiosa, pues era la primera vez que se sentían necesitados, inmediatamente se sintieron obligados a proteger a los niños. El orgullo general estaba herido, no solo porque el viejo campesino había usado a toda la gente para abusar de los niños, sino porque se había metido con los suyos sin razón alguna. No tenían ninguna duda de que había sido un abuso, y eso no lo iban a permitir.

Patás y *Rem* fueron a buscar a los dos pequeños, incluso, les compraron una coca para el susto, y ya todos juntos iniciaron el conclave con un único objetivo: el cómo recuperar las bicicletas, y, sobre todo, desquitarse del abuso cometido.

Ya la tarde comenzaba a sombrear los ángulos de la maltrecha construcción, por lo que encendieron su hoguera y en torno a ella inicio la sesión.

Sin haber una jerarquía formal, todos sabían que lo que *Patás*, y, *El Gamo* decidieran cual sería el plan a seguir, todos esperaban a que ellos iniciaran el dialogo. *Patás* tomo la voz:

—¿Cuantos eran los que los persiguieron?

—Cuatro, incluyendo al viejo, dos son sus hijos, los hemos visto en la escuela, uno está por salir y el otro ya está en secundaria. Son famosos por peleoneros —contestó el Chato, quien, ya más seguro hablaba como conspirador —el otro, no se quien sea.

— Creo que es el que ayuda al viejo en la milpa. Algunas veces los he visto caminar por el bordo juntos —dijo Pedro.

— Yo creo que las bicis las han de tener en su casa, yo sé dónde es, alguna vez acompañé a mi mamá a comprar maíz y el viejo se lo vendió. Este metido en la milpa, pero no muy lejos —dijo Jara, que, aunque era el más grande en talla, era el más dulce de todos, siempre trataba de conciliar para evitar las peleas, y lo lograba, pues nadie se atrevía a provocar a semejante mole.

—Sí, creo que se dónde está, llegas por la vereda del puente y luego a la derecha, hay muchos espacios donde esconderse en todo el camino —esta vez fue *Pepe*, que en los ojos dejaba ver ya una idea de la acción a emprender.

—Bueno, no está sencillo, pero creo que si somos inteligentes podemos recuperar las bicis y darle una lección al viejo.

—Bien merecido lo tiene, mi hermana, la Mirna, una vez me dijo que el viejo llevó a su mujer toda golpeada a la clínica, ella estaba segura que él la había maltratado, pero por miedo no quiso llamar a la policía por más que le insistieron, ni siquiera las otras dos veces que fue ella sola —comentó Leo, quien siempre era el enfermero del grupo, porque su hermana era enfermera en la clínica.

— Pues ya se me está ocurriendo lo que haremos — dijo *El Gamo* —pero no será hoy, creo que no nos da tiempo, pero mañana nos vemos aquí a las doce y nos vengaremos. Solo recuerden, ninguna palabra a nadie, si alguien sospecha nos darán una

friega en nuestras casas. Esto es una cuestión de honor, y nadie puede rajarse ¿están todos de acuerdo?

Dijo esto extendiendo la mano sobre la fogata, a lo que uno a uno se unieron las manos de todos, haciendo un círculo con ellas, todos sabían que el acto representaba un contrato de honor.

Al día siguiente todos estaban listos en el refugio, todos armados con sus bicicletas y ansiosos de conocer el plan, el cual sabían que *Patas* y *Gamo* habían dedicado hasta muy tarde en confeccionar. Incluso, habían legado temprano para hacer una maqueta de la zona ayudados de cajas y botellas, así como la reconstrucción de los bordos en tierra suelta.

Cuando cada uno escuchó el plan y sus correspondientes participaciones, quedaron complacidos, pero también preocupados, pues era muy arriesgado, llevaríamos esto a niveles que nunca nos habíamos atrevido. Eso nos llenó a todos de miedo, pero también, sobrecargó nuestra convicción de soldados en una misión que nos podría costar la vida.

Tras la última revisión de los materiales necesarios y repaso de lo importante que era la sincronización cada uno salió disparado a sus diferentes objetivos. *Dany* tenía la labor más peligrosa, pero él confiaba en su habilidad para lograrlo.

Todo inició con *Pata* y su hermanito, llegaron caminando hasta la casa del viejo, levantando un poco de polvo en su camino por la seca vereda, los perros anunciaron su presencia aun antes de ver la covacha.

Bajo el pretexto de que sus papas no podían ir a buscar la bici porque trabajaban, *Pata* iba en su representación, para ver que travesura había hecho el niño. *Chato* debía hacer una gran actuación de haber sido castigado. Cuando llegaron a los límites de la explanada de enfrente de las tres construcciones el viejo y su ayudante, los esperaban con cara de enojo, pero, pese al miedo que sintieron no dieron paso atrás.

Como esperaban, el viejo los insultó, y de entrada los menosprecio, mientras toda la atención estaba en estos caminantes, por la parte trasera, después de un gran rodeo entre las altas matas de maíz, seis de los muchachos, se metían a escondidas en el cuartucho, donde se lograban ver las bicicletas arrumbadas, y con total sigilo se llevaron dos a la milpa, para ser sacadas en el mismo rodeo ocultos por el sembradío.

La tercera, fue montada por *Gato*, quien era el más pequeño de todos, por eso le tocó, pero todos sabían de su habilidad, su velocidad era la mejor apuesta.

Apenas comenzó a pedaleas *Gato*, cuando los perros alertados por el chirriar de la cadena oxidada dieron a conocer la intrusión.

Pata y *Chato* habían tenido el cuidado de alejar a los adultos de la entrada a la vereda, por lo que cuando el viejo volteó a ver los animales, solo adivino la imagen del niño pedaleando desahogado que, como rayo, pasó dejando solo humo y un recuerdo del rojo de su llamativa camisa.

El viejo como resorte seguido del ayudante, salió disparado, y en el camino gritaba: —¡Escuincles, ayúdenme! se están robando las bicis.

A esta voz, de la casucha, descalzos salieron los dos hijos a medio vestir para internarse en la milpa tratando de cortar camino para interceptar al que huía.

Por su parte, *Pata* y *Chato*, iniciaron la huida rumbo al bordo, sin usar el camino, por lo que iban pasando debajo de las plantas que continuamente los azotaban a su paso, pero no dejaban de correr a toda velocidad.

Sabían que los campesinos rápidamente alcanzarían a *Gato* si no le ayudaban, para eso se había dispuesto toda una serie de mecanismos de defensa todo lo largo.

Chuvi y *Rem* habían sido apostados en el camino, antes de llegar a la curva, esperando que pasara *Gato* y atentos para que en el momento más próximo levantaran la cuerda tendida a lo largo, que ocasiono que el viejo se fuera de bruces y de paso lo pisoteara el ayudante.

Apenas cayó el hombre, ambos corrieron a internarse en los sembradíos, para unirse a los demás en el camellón de la avenida. La experiencia de no saber que sucedía a todos, los tenía hechos un manojo de nervios, todo dependía de la confianza de que cada uno haría su parte y eso era algo nuevo para ellos.

Con esa pequeña ventaja, *Gato* logró sacar distancia, pero no tanta como para detener la carrera.

Por otro lado, como no sabían por dónde aparecerían los hijos, *Jara* y *Rigo*, los dos más fuertes y grandes del grupo, esperaban a lo alto de un árbol frondoso, por donde pudieron ver las plantas bailar con el paso de los muchachos, hijos del campesino, que se acercaban en un ángulo peligroso para *Gato*. Se regocijaron de que habían previsto este ataque de los odiados enemigos, lo que no estaban seguros era quienes serían los que llegaban recorriendo el plantío. Sobre todo, *Rigo* estaba preocupado, pues él no sabía si podría hacerle frente al curtido viejo.

Una vez establecido el punto de salida de los corredores, ambos brincaron del árbol y se fueron a apostar frente al lugar donde saldrían, para recibirlos con un golpe en la cara a uno y a otro con una patada en el estómago, lo que causó que ambos quedaran fuera de combate. Al ver a *Gato* seguir la ruta, estos corrieron detrás de él rumbo al puente, ahora solo quedaba esperar que la parte final del plan funcionara.

Llegando al puente, que no era más que un par de tablas que cruzaban un canal de agua de apenas seis metros de ancho, *Gato* se detuvo, para asegurar el viejo y su ayudante sintieran que lo tenían, vio pasar a los dos matones y espero pacientemente, para no causar sospecha, bajó de la bicicleta, como si tuviera miedo de cruzar andando, lo cual acortó la distancia de los persecutores rápidamente.

Aprovechando el desnivel, *Gato* se lanzó entre la vegetación con la bicicleta, a la vez que Pedro, uno de los pequeños atacados, con una camisa roja también, pedaleaba llegando al arroyo vehicular.

Haciendo uso de todo su ingenio y temeridad, *Dany* había logrado hacer que la patrulla lo persiguiera, lanzándole globos de agua a la patrulla estacionada debajo de la sombra de un eucalipto, donde sabíamos siempre llegaban a dormir la siesta los policías de la delegación. Los policías primero bajaron a tratar de alcanzarlo, pero con su bicicleta que dejó a unos metros, les ganó la distancia y salió disparado. Los policías molestos, porque quien sabe que maldición les lanzó, no dudaron en subir al vehículo y emprender la persecución. *Dany* sabía que debía llevarlos al otro lado, de la avenida, y además debía coincidir con la llegada del viejo.

Jugándose el físico, cruzó la avenida en el semáforo aun con luz verde, por suerte no había tráfico, por lo que el llegar al otro lado fue sencillo. Subió al bordo para que lo siguieran los policías que no podían dejar el arroyo vehicular y a lo lejos vio la camisa roja de Pedro salir del puente.

Bajó del bordo, logrando que la patrulla se parara, pensando que el muchacho se entregaba a sus persecutores. Con la patrulla casi detenida, Pedro salió disparado de la maleza logró el choque perfecto con el vehículo oficial.

Cabe mencionar que, valientemente, Pedro, había permitido que le dieran un golpe en la nariz, lo que había cubierto su rostro y mucha de su ropa con sangre, pareciendo que tenía múltiples heridas.

Cuando el policía enojado bajó para reprender al niño, este rápidamente gritó que lo venía persiguiendo un hombre, que lo ayudaran, esto coincidió con el viejo y su ayudante que llegaban a la avenida aun siguiendo la persecución.

El policía no tuvo más que averiguar, apenas lo vio, les gritó:

—¡Alto ahí!

Petrificado, el campesino se quedó inmóvil, mientras el otro policía que tardó en salir por la prominente barriga, cuando logró la vertical corrió a ayudar a su pareja policial.

Mientras esto pasaba, los muchachos iban juntándose en la orilla del camellón, uniéndose en torno del viejo para formar un corillo, que inició las acusaciones al viejo, diciendo que él siempre los golpeaba, que estaba loco.

Este último empujón fue suficiente para que lo esposaran junto con su ayudante que había tratado de salir corriendo. Los subieron a la patrulla mientras trataban de entender la multitud de voces de todos los niños gritando a la vez.

Mientras, Pedro completaba su excelente actuación de víctima aterrorizada, alegando que no quería que sus papas supieran, lo cual rogaba a los policías, cosas que era totalmente cierta, una farsa como esa nos podía costar la cabeza.

Finalmente, el policía accedió, sobre todo porque todos los muchachos demostraron que cuidarían al niño y lo pondrían a salvo, incluso, le prometieron cuidarlo de ahí en adelante.

Todo el alboroto terminó cuando del puente bajó caminando con trabajos una mujer visiblemente golpeada, que se acercó a los policías y por separado algo les dijo, cosa que dio por terminado el caso con los niños y causó que otra patrulla fuera llamada.

Los muchachos vieron desde la lejanía la larga plática de la mujer con un oficial de más alto rango, que con mucha empatía reconfortaba a la mujer. Después de un rato, las dos patrullas salieron de ahí, en una con los dos detenidos y en otra la mujer quien había sido arropada con una cobija.

¿Qué pasó?, nunca lo supimos, al poco tiempo después de la cosecha, la tierra fue dejada de lado y la casa abandonada, alguien rumora que la mujer regresó a su tierra, pero del viejo nunca más supimos nada. Los hijos tampoco volvieron a ser vistos, ni siquiera al inicio de clases.

Si bien, en su momento fue un acto de reivindicación, a lo largo de nuestras vidas siempre quedara la duda si no nos excedimos, o si solo fuimos el resorte de un destino que llegaría tarde o temprano por el abuso a la mujer cometido. Tal vez fuimos el brazo

divino de la justicia, o solo meros peones en un destino que nos movió a la posición de jaque para el viejo.

Lo que, si quedó, fue un vínculo muy profundo entre la palomilla, en ese acto nos dimos cuenta de varios cambios que dieron fin a gran parte de nuestra infancia, desde nuestra capacidad para lograr metas complejas, hasta nuestra responsabilidad con los pequeños.

Nunca imaginamos que esa aventura sería la culminación de la *Banda del 67*, su cúspide y el inicio de su fin. La secundaria nos dividió, la vida hizo sus jugarretas y nos llevó por distintos caminos, entre las actividades diarias y las obligaciones, dejamos de vernos, pero nunca se perdió un hilo del alma que nos une como camaradas de armas.